

Hablar del 68 nos lleva irremediablemente a revisar los procesos políticos que han tenido lugar en el país y a comparar el México de hoy con el de hace 20 años. Después que la revuelta nos empujó a la calle y nos hizo concebir lo inimaginable, después de los consecuentes momentos de utopía y desesperanza, transcurrido este lapso, breve o prolongado, depende de como se haya vivido, nos encontramos a un país distinto que se parece tanto al que dejamos atrás.

Del 68 al 88 dista un mundo de expresión política. Eventualmente en el escenario político se han ido consolidando fuerzas del pueblo y la oligarquía, cada vez menos sujetas a los amarres y la directriz gubernamental. La derecha domina amplias regiones del país y amenaza con cohesionar un movimiento de carácter nacional. La izquierda, pese a su eterno proceso de fragmentación, también ha logrado hacerse, en menor cuantía, de una clientela política y electoral, sin que todavía logre captar a los sectores populares que dice representar. Pero es en la amplitud de la sociedad civil, aquella que ni Monsiváis ha contemplado del todo, donde la manifestación de ruptura ha sido más nítida. Es decir, la vanguardia de la sociedad y la génesis de la transformación no ha partido de la concepción del partido, sino de las expresiones dispersas y espontáneas de la sociedad civil, la que anteriormente conocimos como mayoría silenciosa y apática.

Tal vez sean los grupos sociales de las más amplias tendencias, amalgamados por todo tipo de demandas en favor del vecindario, la colonia, las luchas políticas básicas, los herederos del espíritu renovador que se vivió aquellos

finales de los 60. Probablemente sean estas asociaciones elementales, integradas por individuos sin experiencia organizativa, quienes a la larga recobren la inconformidad de la juventud intolerante de aquella airada época. Estas luchas mínimas han tenido la cualidad de ser autónomas, se han regido por la asamblea, han prescindido de la dirigencia de notables y regularmente no han podido ser viciadas del todo por el omnipresente Estado. Esta incipiente sociedad civil no ha logrado desarrollar sus esfuerzos al abrigo de los partidos políticos, ya que estos más preocupados en principios y tradiciones, han tenido a bien resguardar su pureza de la contaminación popular. Apenas sí a últimas fechas sabemos como al contacto del sudor proletario muchos materialismos y dictaduras amenazan marchar al paso de las muchedumbres. Mientras tanto, el gobierno ha perdido presidencias municipales frente a encontradas coaliciones; la lucha por la vivienda, el agua, salario, se realiza bajo amplias alianzas que no precisan declaraciones previas. La lucha de clases ahí está, hay que darla, en todo caso se da. Los grupos defensores del entorno socioambiental entienden que lo que está en juego es el país mismo, por lo que demandan la más plural participación de ciudadanos y organizaciones políticas. Las feministas y homosexuales marxistas de los 70 han tenido que buscar mejores perspectivas en espectros ideológicos amplios, la tolerancia y el antiautoritarismo. Son los grupos democráticos y democratizadores de los años recientes los que han permitido palpar la distancia de estos 20 años. Sus propuestas rebasan los antiguos crite-

rios, los estiran a la dimensión de la sociedad actual. Son pues, estas organizaciones civiles donde la experiencia cambiante ha sido más clara, donde se advierten las posibilidades para las postrimerías del siglo.

Pero el tiempo no es parejo. Si algo existe es la contradicción. Hay aspectos de la realidad para los que 20 años no son nada. Para sectores de la clase social más explotada y sometida: obreros, campesinos, indígenas, el tiempo es para atrás. De la suerte y mansedumbre de estos hombres claves en la producción, el gobierno, el PRI, don Fidel, Televisa, pueden sentirse orgullosos. En absoluto han estorbado el proceso capitalista dependiente. Los afanes de la clase dominante por mediatizar al proletariado ha tenido resultados sobresalientes. El trabajador mexicano continúa impasible ante su proceso empobrecedor, su marginación de la cultura, salud, recreación. En 1988 los pobres se aproximan al hambre, el desempleo, como uno de los éxitos más logrados de la familia revolucionaria y clases que la acompañan. Los hijos de la guadalupana siguen emigrando a los Estados Unidos; los que se quedan reciben un salario 10, 20 veces menor, inferior al de sus hermanos latinoamericanos, a los maquiladores del sudeste asiático. Tal vez sin decirlo, contra esta forma denigrante de existir se luchó en el 68. Los turbulentos comités de huelga señalaron a los gobernantes, se les demandó, se les acusó. Se les exigió un país justo, soberano, democrático. Los que gobiernan en el 88 entregan la nación al capital transnacional con la mayor de las complacencias, enajenan de una buena vez por todas el tan matraqueado petróleo; autorizan la venta de leche radioactiva; les desprecupa arriesgar el presente y el futuro a la irreparabilidad nuclear a que ex-

pone Laguna Verde. Los millones de mexicanos que desde siempre han clamado por una patria distinta, lo han hecho en el desierto. De poco valió el 68. En el México 88 se vale de todo. . . siempre y cuando se pertenezca al PRI.

Las contradicciones deben tener un límite. De alguna manera el mundo empuja a los cambios que sirven de enseñanza para nuestras inamovibles estructuras. Basta echar una mirada a los sucesos de estos años para alcanzar al tiempo. Está la derrota del Imperio a manos de los campesinos de Vietnam, la ruptura del modelo americano en América Central, el acceso de Franco al Valle de los Caídos y el posterior Destape español; la democratización de Brasil, Argentina, Uruguay, el desagüe nixoniano, ivaya, hasta a los soviéticos les dio por la reestructuración y la transparencia! Todo esto ¡claro! vía el *Excelsior* de Scherer, el *1 + 1* y *La Jornada*. La televisión sirve para reseñar las hazañas norteamericanas en Medio Oriente y Granada; capta palabra por palabra, gesto tras gesto del candidato priísta en turno; la cámara se desvive por deleitar la magnificencia del gol. La caja es tan antinacional y antiinformativa como en el 68.

Los desencantos y desvanecimiento de utopías de los hijos de Tlatelolco, también llamados la primera generación de gringos nacidos en México, no fueron pocos. Sobrevivientes de los Rolling Stones, Beatles, nos tocó recobrar a Chabela Vargas, darle su lugar a José Alfredo, llevar la salsa a las mejores pistas. Apenas nacía el sindicalismo universitario cuando asesinan a Allende, haciéndonos saber quién es el amo de América Latina. No tardó mucho para que el joven de botas mineras y mochila de cuero se despojara de la imagen de Mao y la boina del Che. A ins-

tancia de José Revueltas y otros abrevaderos se tuvo que escharbar en los orígenes del Estado Mexicano, localizar los fundamentos de la Revolución, la de Flores Magón, Zapata, Cárdenas. Como también hubo que indagar en el proyecto de Carranza, Obregón, Alemán y los actuales representantes del FMI. De todo esto, muchos sueños terminaron en pesadillas. Ahí está la enaltecida historia del máximo dirigente obrero, que si en aquellos años estaba a un paso de la tumba, ahora se acerca a la inmortalidad. Al igual que Corripio Torquemada, ofrece bienes celestiales a cambio de la comprensión, salud y el esfuerzo de este mundo. La solidez del PRI, además de sus lemas, consiste en inundar de campesinos y burócratas todo espacio, memoria, subconciente. Las urnas que llenaba de antemano, ahora se las encomienda a las computadoras como un presagio de lo que será la política moderna.

Sin embargo, de la confrontación entre el andar y el permanecer, el México 88 va camino a desgajar la estructura monolítica. Nos estamos acostumbrando a que las plazas no sólo sean llenadas

por el partido oficial (con el favor de las arcas públicas). No cantan nada mal las rancheras el neopanismo, el neosocialismo y el neodesprendimiento del PRI. Hasta corremos el riesgo de vivir en un país plural en un breve lapso, si no es que algún obstáculo verde olivo le pone zancadilla al proceso histórico probablemente iniciado en 1968. Participemos en la sociedad civil política para que tenga más correas que los futuristas emisarios del pasado. Hagamos servir a la historia.

Algo más. ¿que pasó con los sesenta-yocheros? Transcurren tranquilos en el artesanado docente, en el de la creación de conocimientos; siguen en la trinchera política, algunos no recuerdan el ayer, otros, engullidos por el sistema, gozan de cabal salud con el presupuesto. Pero como dice Brecht, las transformaciones no se deben a los príncipes, generales o presidentes, es la sociedad, esos millones de seres sin reconocimiento histórico, la que a empujones, a tropezones, es que hace cambiar a este mundo. Incluso a este México.

*Pedro Lizárraga Cuevas
abril 1988.*

